

NOTAS E INFORMES

Nova et Vetera

Reflexiones Pastorales en torno a la Misión Popular

Mons. Valfredo Tepe (Obispo de Ilhéus, Bahía, Brasil)

Del 8 al 24 de octubre se realizaron las Santas Misiones en la ciudad de Ilhéus. 26 misioneros redentoristas de la Provincia de Sao Paulo se encargaron de las predicaciones. Ya en julio se había iniciado la Pre-misión remota: llegó el coordinador para sondear el terreno y elaborar el esquema de la distribución de fuerzas. Vino acompañado por seis Hermanas de la Congregación de las Misioneras de Cristo y de la Congregación de las Mensajeras del Amor Divino. Estas religiosas asumieron en seguida el trabajo de hacer el estudio socio-religioso de todo el área, es decir, de las tres parroquias de la ciudad con sus numerosas capillas. Después de este estudio las parroquias fueron divididas en comunidades y éstas en sectores, abarcando cada sector unas treinta familias. Se escogieron los Coordinadores de las Comunidades y de los sectores entre los cristianos ya más o menos concientizados y comprometidos. Los días 25 al 29 de agosto 6 Padres Misioneros iniciaron la Pre-misión próxima, visitando todas las comunidades y preparando a los coordinadores y sus auxiliares para su tarea, a través de un día de recogimiento. Inmediatamente después comenzó la etapa inicial de la Misión con el movimiento de oración en familia: cada noche se reunían los sectores, sucesivamente en las diversas casas, para cantar, orar y meditar juntos sobre un trozo de la Biblia. Esta etapa duró de 4 a 5 semanas.

Inmediatamente, a primera vista descubrimos "nova et vetera": cosas nuevas y viejas. Se había renovado el sistema antiguo de Misiones. La Pre-misión, por el contacto con cada familia a través del estudio socio-religioso, por la división en sectores y su dinamismo cotidiano por los círculos bíblicos, no solo preparó el terreno para las Misiones propiamente dichas, sino que tuvo un efecto propio: creó lazos de comunidad eclesial entre vecinos que antes se conocían mal. Los efectos de la Misión, a su vez, tienen gran posibilidad de continuar, si es posible mantener activa la estructura de la Pre-misión.

Me pareció nuevo también el Temario de las predicaciones, que se sitúan en la visión eclesial del Vaticano II.

Antiguo, por lo demás, fue el recurso a la animación de los fieles por medio de procesiones, bendiciones, consagraciones, via-crucis, etc.

Ante un cuadro de datos concretos que abarcan "Nova et Vetera", he tratado de hacer algunas reflexiones pastorales.

I. *Problemática general*

Las Misiones Populares son un medio extraordinario de Pastoral. Por Pastoral entendemos todo esfuerzo para llevar a los fieles a una vivencia eclesial cada vez más dinámica. (Prescindimos aquí del esfuerzo —también pastoral— de conducir

a los paganos al redil de la comunión eclesial). Los medios de que se echa mano en la actividad pastoral —tanto ordinaria como extraordinaria— son la Palabra, los Sacramentos, la organización.

Si en las Misiones antiguas el lema era: "Salva tu alma", en el programa de esta Misión nuestra se apuntó como objetivo: "suscitar la profundización de la vivencia eclesial comunitaria; unir a todos con Cristo y los hermanos para que todos vivan la verdadera vida de hijos de Dios".

Ahora bien, éste es también el objetivo de la pastoral ordinaria. Entonces, ¿en qué sentido diverso la acción extraordinaria mira el punto común?

Podríamos señalar tres problemas:

1) ¿La Misión tuvo efecto extraordinario en el sentido de *extensión*?

La respuesta es positiva. Se llegó a muchas más personas de lo que normalmente conseguimos alcanzar con los medios de la pastoral ordinaria.

Se llegó no solo a los que ya participan y que recibieron un impulso alentador, sino también a otros muchos que estaban apartados.

Se llegó más a mujeres que a hombres —en esto la acción pastoral ordinaria y extraordinaria se hermanan—. Pero en los últimos días, la fermentación misionera de toda la ciudad caló también en muchos hombres.

Se llegó a los niños que literalmente llenaban las Iglesias en sus horarios; igualmente los jóvenes mostraron sorprendente receptividad para las Misiones.

El pueblo sencillo, en los suburbios y en las veredas, participó más que la clase media alta. Pero incluso en las comunidades y en los sectores de la ciudad donde prevalece la clase media, hubo una buena participación.

La Misión, sobre todo por las concentraciones que sobrepasaron las expectativas (nunca se vió tanta gente reunida en la plaza de la catedral como en la tarde de la clausura y en la noche de la procesión de antorchas que terminó con la renovación del compromiso bautismal por parte de los hombres), consiguió también impactar la opinión pública: se hizo "noticia", y, así, por la tangente, llegó también a los no-católicos y a los totalmente indiferentes.

No llegó —al menos en gran parte, según mi parecer— a los cristianos más concientizados, sobre todo de ciertos movimientos. Y ahí tenemos también un problema que se sitúa igualmente en la pastoral ordinaria. Volveremos a retomarlo luego.

2) ¿La Misión tuvo efecto extraordinario en el sentido de *intensidad*?

Nuevamente la respuesta es positiva. La evangelización fue intensa. Raramente la gente tuvo tan gran oportunidad de escuchar tantas predicaciones.

La frecuencia de los sacramentos aumentó notablemente. Hubo oportunidad, ampliamente utilizada, de confesión individual, en cuanto normalmente prevalece, en la ciudad también la confesión comunitaria, debido a la escasez de clero.

Hubo Bautismos y primeras Comuniones de muchos adultos, así como regularización eclesial y civil de muchas uniones conyugales. No hubo "sacramentalización desenfrenada" porque, conforme a previo acuerdo entre misioneros y párrocos, se exigía para todos los sacramentos cierta preparación condensada desde la Pre-misión, para no crear una situación conflictiva con las reglas pastorales establecidas en la diócesis para la pastoral ordinaria.

3) ¿Qué relación hubo entre la acción extraordinaria de la Misión y la pastoral ordinaria?

La Misión quiere ayudar e impulsar la vida eclesial parroquial. La organización de la Pre-misión con la división de las parroquias en sectores y comunidades (comunidad madre = matriz; comunidades urbanas = pueblos y barrios; comunidades rurales = distritos, veredas, haciendas) ayuda el trabajo del párroco en

términos de estructura parroquial. Queda en el aire la relación entre la Misión y la pastoral de movimientos.

El éxito de la Misión, sobre todo a largo plazo, depende de la solidez de la estructura de la Pre-misión. Los sectores que funcionan como subdivisiones comunitarias de la parroquia —y que no tienen la ambición de merecer el título de “comunidad eclesial de base”— han quedado perjudicados por la precariedad de la pastoral ordinaria que todavía no ha logrado concientizar un número suficiente de fieles, sobre todo de hombres. La elección de los coordinadores tuvo que recurrir muchas veces al elemento femenino, y en algunos casos casi a muchachitas. El agrupamiento comunitario del sector naturalmente salió perjudicado. La Posmisión, manteniendo los sectores, tendrá que corregir el defecto inicial, metiendo elementos adultos masculinos, a partir de los que fueron despertados por las predicaciones.

Un punto crítico entre la pastoral ordinaria y las Misiones está, tal vez, en el amplio recurso a los elementos de la religiosidad popular. En principio no me parece que haya conflicto. Todavía hoy, la Iglesia utiliza, además de los sacramentos, otros signos sensibles, los sacramentales: bendiciones, consagraciones, uso del agua bendita, etc. Procesiones, rosario, adoración del SS. Sacramento, Via-crucis y otras formas de religiosidad no directamente litúrgicas, no puede olvidarlas la misma pastoral ordinaria, so pena de crear un vacío que lo invadirán el Candomblé, la Iglesia brasileña y otros... Habría que dialogar solamente sobre la dosis de estos elementos en la Misión. ¿Hasta qué punto son atracciones para arrastrar al pueblo a las predicaciones? ¿Hasta qué punto, por el contrario, pueden resultar un problema al sacudir la pastoral ordinaria que trata de llevar al pueblo de una práctica más acentuada de la religiosidad exterior hacia una profundización y concientización de la fe?

II. *Problemas específicos*

Las Misiones me han llevado a un cuestionamiento más profundo de dos problemas, íntimamente ligados entre sí.

Ya en la primera fase de preparación (estudio socio-religioso y división de sectores), se notó que cristianos concientizados, participantes de movimientos religiosos, esquivaron asumir responsabilidades en la Misión. Al paso que otros, de vida matrimonial irregular que les mantiene alejados de los sacramentos, ayudaron con entusiasmo. Ante este hecho me pregunto:

- a) ¿Qué es comunidad eclesial?
- b) ¿Cuál es la opción verdadera: abrir o cerrar el ingreso en la comunidad eclesial?

Vayamos por puntos:

a) La comunidad eclesial —objeto de la pastoral ordinaria y extraordinaria— ¿qué es? ¿Cuál es el criterio o los criterios para definirla? O con una pregunta más clara: ¿Cuándo podemos clasificar a alguien de “buen católico”? Y todavía más concretamente para nosotros, pastores: ¿cuál es el esquema mental (modelo) de eclesialidad subyacente a nuestra acción pastoral?

El Vaticano II trató ampliamente de la Iglesia, de sus estructuras y sus relaciones. Es, sin embargo, significativo el hecho de que no nos dió una definición exacta, prefiriendo recurrir a descripciones e imágenes. Nos dió la idea de que pertenecer a la Iglesia se realiza concretamente por grados de intensidad, conforme a la mayor o menor plenitud del contenido de la fe y de la vida sacramental.

Este esquema dinámico ¿no podría ser aplicado igualmente al interior de la misma Iglesia católica? Existen grados de intensidad en la pertenencia a la comunidad eclesial. El esquema mental rígido que distingue solamente entre “practi-

cantes" y "no-practicantes" u, hoy, entre "concientizados" y "no-concientizados" puede ser responsable de muchos dolores y decepciones en el campo pastoral.

Podemos imaginar un modelo (esquema mental) de comunidad eclesial, construido por círculos concéntricos, conforme a la mayor o menor intensidad de participación. Tal vez se pueda incluso aumentar la complejidad: los círculos no siempre son totalmente concéntricos, sino que se sobreponen o coinciden sólo en parte, según ciertos criterios, apartándose unos de otros bajo otros aspectos. Supongamos un círculo menor, representando la fuerza nuclear de la comunidad eclesial: los cristianos bien instruidos, bien concientizados en la fe y activamente comprometidos en la propia sustentación de la comunidad eclesial. Alrededor de él, otro círculo de fieles "practicantes", pero no comprometidos. Después el vasto círculo de los católicos tradicionales que muchas veces llamamos católicos de nombre o de bautismo; éstos apenas buscan el servicio eclesial en ciertas fechas de su vida. Y está todavía el círculo de los que no parecen tener nada de católicos, a no ser el hacer número en los cuestionarios del IBGE (Instituto Brasileño de Geografía y Estadística).

Con este modelo por delante, ¿cuál es nuestra actitud pastoral? ¿Ocuparnos solamente del núcleo de los católicos concientizados, ya que a los otros no les importa nada? ¿Será que realmente "no les importa nada"? ¿O será que nuestra pastoral ordinaria no les llega? Los medios extraordinarios —Misiones, atención de los peregrinos en los Santuarios, etc.— ¿no atenderían a estos círculos más apartados, de manera tal vez precaria, pero válida?

Las Misiones desconciertan a una mentalidad pastoral preocupada solamente de los católicos fervorosos y concientizados, creyendo que todo trabajo con "las masas" es superficial y tiempo perdido. Pero, francamente, yo no consigo ver en el entusiasmo de la multitud, concentrada en la plaza de la catedral con ocasión de la clausura de la Misión, "solamente" masa, contagiada por efectos psicológicos! ¡Precisamente en una época en que los comicios políticos brillan por su ausencia, por el desinterés! La multitud en la plaza no era masa amorfa; era la confluencia de los grupos de las comunidades que durante muchos días, ávidamente, habían escuchado la Palabra de Dios. Tal vez, bajo el aspecto de instrucción religiosa, todavía continúan ignorantes. Pero la ignorancia religiosa no significa falta de fe. La fe viene del oír, y no del mucho estudiar. Si la fe de muchos no es más viva y profunda, no es muchas veces por mala voluntad ("no les importa nada"), sino por falta de predicación. Cuando aparecen los predicadores, impresiona ver cómo acuden muchos católicos que clasificamos como pertenecientes a los círculos más apartados de la vivencia eclesial. ¡Quieren ser católicos! Querer ser católico, ¿no será un criterio importante para la vivencia eclesial? ¡Cómo aceptan con docilidad la evangelización de los misioneros! Esto no significa que ellos satisfagan al otro criterio de eclesialidad: aceptación de la estructura jerárquica visible.

Alias, nuestro modelo de comunidad eclesial presupone que los círculos de intensidad en el pertenecer a la Iglesia se entrecortan, conforme a los criterios adoptados. ¿Cuáles serían estos criterios? Veamos algunos:

- estar bautizado,
- tener fe en nuestro Señor Jesucristo,
- tratar de profundizar los conocimientos de la fe,
- llevar una vida sacramental, especialmente eucarística,
- participar en las asambleas dominicales del culto,
- aceptar el papel específico de la jerarquía,
- llevar vida de oración personal,
- dar testimonio de vida cristiana en la familia y en la profesión,

- estar disponible para las tareas, servicios y ministerios de la comunidad eclesial,
- pagar los diezmos,
- tener espíritu misionero,
- comprometerse en la promoción humana (justicia social, liberación de los oprimidos).

¿Quién es el católico perfecto bajo el punto de vista de todos estos criterios? ¿Cuántos hombres apartados de la vivencia parroquial e incluso de la vida de los sacramentos, en su actuación en el mundo, por su honradez y caridad, son fermento cristiano, tal vez más que muchos de aquellos que pertenecen al núcleo interior de la vivencia eclesial?

Además, ¿no está el hecho que se nota sobre la fluctuación, muchas veces desconcertante, entre los círculos concéntricos de vivencia eclesial? Por una parte, puede haber conversión no solo de paganos hacia la Iglesia, sino también, de aquellos que viven apartados, hacia una conversión más intensiva. Por otra parte, ¿qué pastor, sea obispo o párroco, no se ha encontrado con defecciones de elementos antes bien comprometidos? Sacerdotes, religiosos, agentes laicos pueden retirarse a una vida más privada. ¿Continúan o no en la comunidad eclesial?

La multiplicidad de criterios cuestiona nuestras clasificaciones. En definitiva, ¿quién juzga sobre "ser" o "no-ser" católico? ¿El párroco, el obispo, el propio pueblo? Si el 95% de los brasileños se consideran todavía católicos, ¿esto no significa nada porque según nuestro esquema mental de pastoral ellos no están dentro de las exigencias de eclesialidad? ¿La ignorancia religiosa, manifestada en la tendencia sincretista y el no-compromiso en la vida parroquial son los únicos criterios? ¿O son decisivos para eliminar a alguien de la comunidad eclesial? ¿Será que muchos de ellos no tienen fe, fe en Jesucristo, tal vez más viva que la de algún teólogo? ¿Su esfuerzo de vivencia cristiana en la familia y en la vida profesional no son otros criterios dignos de considerarse?

Ciertamente hay que trabajar para aumentar el núcleo de la comunidad eclesial. Hay que arrastrar a los cristianos de la periferia hacia una vivencia cada vez más concientizada y comprometida. Pero no les consideremos simplemente fuera de la comunidad eclesial y, por ello, fuera de nuestros cuidados pastorales. Y si los medios ordinarios no les llegan, ¿por qué no recurrir a los extraordinarios?

Además de estas preguntas generales, surge otra todavía más práctica: en el círculo más estrecho de aquellos que clasificamos como cristianos concientizados, hay una división que constituye un problema real: los fieles *comprometidos en la estructura parroquial* y los *comprometidos en los movimientos*.

En nuestras Misiones se hizo evidente. Una gran parte, si no la mayoría, de los cursillistas y de los miembros del MFC no se comprometieron en la estructura de la Pre-misión, aunque estuvieran bien preparados para liderar núcleos de los sectores. La Misión invita hacia una estructura parroquial, tratando de perfeccionarla mediante la subdivisión geográfica en comunidades menores y sectores, teniendo como matriz a la comunidad-madre. La acción pastoral de la Misión no se dirige a zonas o a movimientos (exceptuando las conferencias a las profesoras, que en el cómputo general pesaron poco). En la última noche, en la misa de los matrimonios, muy frecuentada, el Misionero preguntó a propósito: ¿quién es cursillista, quién del MFC? Pocos levantaron el brazo.

¿Qué significa ésto? ¿Falla de la Misión? Creo que no. Las Misiones evidenciaron tal vez un problema que pertenece a la pastoral ordinaria. En ese momento me acordé de una decepción que sufrí cuando, al comienzo de este año, ruve que hacer de párroco de una de las tres parroquias de esta ciudad, a causa de la salida repentina del párroco, no pudiendo encontrar sustituto. Apoyándome en una comunidad de religiosas ursulinas que asumieron la parroquia conmigo, creí poder contar con muchos cristianos concientizados por el MFC y por los cursillistas que

vivían en el área de la parroquia, organizando con ellos el servicio parroquial. Quedé frustrado. Algunos, sí, —precisamente los más comprometidos con el propio movimiento— dieron su contribución a la estructura parroquial. Pero la mayoría tuvo que ser reclutada entre otros movimientos o asociaciones con menos renombre actual o entre los “no-alineados”. (Un paréntesis: estos no-alineados, es decir, laicos no pertenecientes a ningún movimiento, ¿no constituyen acaso la gran mayoría del laicado? ¿Quién los representa en los consejos pastorales de los diversos niveles?).

Mi decepción como párroco, creo no ha sido un caso aislado. Hace poco un párroco me dijo que ya no iba a enviar elementos comprometidos en la pastoral parroquial a los cursillos; porque muchos de ellos después se apartaban del trabajo anterior. No quiero generalizar: en algunas parroquias sucede lo contrario, sobre todo en las del interior.

El párroco acostumbra a pensar en términos de parroquia y se siente desafiado —o al menos queda abatido— cuando no encuentra colaboradores para mantener y dinamizar la comunidad parroquial. ¿Su sufrimiento no podría venir de un esquema mental excesivamente rígido respecto a la eclesialidad o vivencia eclesial? Si un cristiano realiza bien la “Iglesia doméstica” en su hogar, si participa tal vez en algún movimiento, frecuentando reuniones del MFC, Cursillos, Legión de María, Renovación catismática, etc., si, en la vida profesional y pública da testimonio de autenticidad, ¿podemos tacharle de alejado de la comunidad eclesial porque no se hizo catequista o porque en la misa parroquial aparece solamente como un “feligrés” que, con facilidad, cambia hacia otra feligresía o a otra iglesia donde la liturgia o predicación le atraen más?

¿La vivencia comunitaria en la Iglesia no puede asumir diversas formas? Una comunidad de religiosas, por ejemplo, aún sin participar de las actividades parroquiales, ¿es o no es una forma de vivencia eclesial? (Pensemos en todos los contemplativos). Las reuniones de los Movimientos, sobre todo cuando terminan con la celebración eucarística, ¿son formas válidas de vivencia eclesial? ¿O solamente son válidas las formas comunitarias del esquema parroquial con su división y subdivisiones geográficas (por ejemplo, las comunidades y los sectores establecidos por la Pre-Misión?).

Me parece que debemos descongestionar un poco nuestro esquema mental de eclesialidad, excesivamente confinado en una concepción geográfica. Tanto la pastoral ordinaria como la extraordinaria aprovecharían de esa mayor flexibilidad, sobre todo en el campo urbano.

Surge también otro problema en nuestra realidad, sea que nos quedemos en el esquema geográfico, sea en el esquema más flexible de eclesialidad. Las Misiones en su dinámica actual se apoyan sobre las comunidades y los sectores. Si realmente la Pos-misión consiguiera conservar el espíritu de la Misión, y las comunidades y los grupos comunitarios se desarrollaran bien, ¿cómo sería la atención eucarística (uno de los criterios de la vivencia eclesial?). Si al lado del crecimiento de las comunidades de estructura parroquial aumentasen los grupos de los Movimientos (MFC, Cursillos, grupos de juventud, etc.), pidiendo todos la Misa, ¿quién los podría atender? Si es válido el trabajo pastoral en términos de dinamizar e intensificar la vivencia comunitaria eclesial, es urgente revisar nuestros criterios respecto al papel de la eucaristía en nuestras comunidades. La santificación del domingo mediante la Misa es accesible solamente a una parte mínima de la población. ¿No será esto uno de los motivos por el cual no se asimila la gravedad de este precepto? ¿No sería mejor insistir en la importancia de la santificación del domingo mediante el culto de la Palabra (con la eventual distribución de la comunión por ministros extraordinarios de la Eucaristía?) ¿Y dejar la plena celebración eucarística para períodos más distantes (tal vez, incluso, como medio extraordinario, como de hecho ya es para muchos cristianos que viven lejos de los centros?) En las propias ciudades, ¿por qué no incrementar también el culto

dominical en muchos sectores parroquiales o grupos comunitarios de los movimientos, en vez de insistir en la ley de la Misa dominical? Es evidente que en ninguna iglesia matriz cabrían los fieles si todos llegaran a la convocación.

Por otra parte me asusta una evolución que ya se está delineando: celebración de 5, 6, 7 Misas dominicales por los sacerdotes que se esfuerzan por atender a todos los centros comunitarios ya que la propia ley eclesiástica exige la Misa dominical y las comunidades bastante grandes y vivas la piden, pues solamente en domingo se puede hacer la reunión litúrgica. La solución que podría presentarse como alternativa: ordenación de hombres casados para cada pequeña comunidad no está madura, y el tiempo urge. (Menos madura está la ordenación de las mujeres). Y no están maduras, porque ni podrían improvisarse estos mismos ministros, aunque cambiara la ley eclesiástica. Todavía más: la gran movilidad de todas las pequeñas comunidades, sean de "base" o de movimientos, presentaría muy pronto un ejército de hombres ordenados sin comunidad, ya que la preparación se haría en vista de aquella pequeña comunidad.

Después de todas estas reflexiones sobre la comunidad o la vivencia eclesial, abordamos el segundo gran problema específico:

b) ¿Cuál es la opción verdadera: abrir o estrechar el ingreso a la comunidad eclesial?

Como se ha dicho, ya en el comienzo de la Pre-misión se presentaron no pocos católicos para un trabajo activo que, por su vida matrimonial irregular, no estaba participando de la vida eclesial ordinaria. ¿Qué hacer? Dios tiene caminos para introducir en su Reino, tal vez mejor que nosotros, a todos los marginados, los publicanos y las prostitutas de hoy. Pero, nosotros, ¿qué podemos hacer para introducirlos a la forma visible e incoactiva del Reino que es la Iglesia en la tierra? ¿Debemos obligar a entrar en la sala del banquete a todos estos alejados y marginados según los criterios eclesiásticos? ¿Podemos equipararlos totalmente con los otros? ¿Debemos establecer criterios de selección, imponer etapas de preparación? ¿Qué derecho tiene el individuo para exigir los sacramentos? ¿Qué significa "pedir razonablemente" los sacramentos? Razonable, ¿según el criterio de quien pide o de quien escucha la petición? Y si el criterio del sacerdote o del agente de pastoral —identificado con el pequeño grupo de cristianos concientizados— ¿fuera muy rígido? ¿Qué derecho tiene el párroco, la comunidad parroquial o la comunidad de un movimiento, para "crear obstáculos" en nombre de una mejor preparación?

Toda esta problemática se acentuó con ocasión de las Misiones. La diócesis tiene normas para la pastoral ordinaria, bastante estrechas en cuanto a la admisión a los sacramentos, exigiendo la participación después de cursos de preparación. La Misión —pastoral extraordinaria— por extensión alcanza más personas que la pastoral ordinaria. ¿A todas estas personas habría que aplicar los criterios restringidos e introducidos para la pastoral ordinaria? ¿O más bien deberíamos abrirles a todas ellas "un año de gracia"?

Si abriéramos ampliamente las puertas, ¿no se desmoralizaría toda la pastoral ordinaria que hace un esfuerzo pedagógico tremendo en el sentido de profundizar la vivencia eclesial, sobre todo en la concientización de la fe? Los aprovechones que huyen de todas las exigencias, ¿no aplazarían su ingreso definitivo a otras Misiones, en las cuales todo sería fácil y gratuito? Por otra parte, aplicando las normas rígidas, buscando la Misión solo como tiempo fuerte de evangelización y dejando todos los sacramentos para después, ¿no quedarían sobrecargados los pocos agentes de la pastoral ordinaria?

Sin duda, las Misiones son especialmente tiempo fuerte de evangelización. Pero toda evangelización tiende no solo a la conversión individual, sino a la formación de comunidad eclesial. Ahora bien, la comunidad eclesial exige una vida

sacramental. Por ello era inevitable que el problema concreto de la regularización de los matrimonios, admisión de los adultos al bautismo y la primera comunión (sin hablar de la confesión) se presentara a la Misión. Dejando todo esto para después, ¿no se perderían de vista y de contacto muchas personas que, a través de la Misión, fueron motivadas para arreglar su vida eclesial bajo el aspecto de vida sacramental? El argumento: ¿qué adelanta todo este movimiento sacramental en la Misión, si después no hay continuidad?, a mi modo de ver no convence. Los pastores somos responsables no solo de aquellos cristianos que ya están en el círculo más íntimo de la eclesialidad o que se dirigen espontáneamente a él, sino también de todos aquellos que están en los círculos más apartados. Si ordinariamente no llegamos a ellos, no por eso nos liberamos de la responsabilidad para con ellos. Demos gracias a Dios si los medios extraordinarios les llegan de alguna manera. Hay que echar mano de ellos para atraerlos a los círculos más activos de eclesialidad y tratar de mantenerlos allí.

Es muy posible que algunos aprovechones, no tan pobres, se hayan metido entre los que regularizaron su unión conyugal. (En un solo día hubo 300 matrimonios civiles gratuitos, gracias a la cooperación de notarios y jueces y, después, muchos matrimonios religiosos, después de alguna preparación intensiva, además de la participación en la propia Misión). Pero, ¿qué significa el número de los que se aprovechan frente al gran número de los que realmente deseaban dar a su unión conyugal estabilidad civil y religiosa? ¿Todos estos no pesan para la comunidad toda? Son una prueba de que nuestra sociedad (sobre todo entre el pueblo sencillo) no es tan hostil al lazo matrimonial como algunos abogados del divorcio pretenden demostrar con estudios manipulados. Es de suponer también, que los mismos matrimonios, una vez legalizada su situación, estén más inclinados a participar, de allí en adelante, en la vida eclesial ordinaria. Esta participación va a depender, sin duda, en gran parte de la actuación de los nuevos agentes de pastoral (los coordinadores) suscitados o motivados por la Misión.

Me parece, pues, que fue necesario —como de hecho se hizo— unir, durante el tiempo de la Misión, evangelización y sacramentalización, estableciendo solamente para la regularización de los matrimonios, el bautismo y primera comunión de adultos, una preparación adecuada a la situación extraordinaria de la Misión. (No hubo ni bautismos ni primera comunión para niños durante la Misión).

La adopción de un esquema mental de eclesialidad más flexible (círculos concéntricos de pertenencia, según los grados de intensidad; criterios múltiples) conduce a una actitud pastoral más abierta, realista y humana. Cuántas veces el pastor se preguntará al querer imponer normas más rígidas: ¿tengo medios para ofrecer la preparación a tales exigencias? Y todavía más: ¿mi comunidad eclesial del círculo más interior será realmente tan perfecta que su vida pujante justifique tantas exigencias como pido a los candidatos? Para la admisión a la vida sacramental ciertamente hay que respetar algunas normas (vgr. participación a la Eucaristía por parte de quien vive en situación matrimonial irregular). Pero la vivencia sacramental no es el único criterio de eclesialidad. Mucha gente comulga frecuentemente, pero su testimonio de vida cristiana en el mundo o su compromiso en favor de la justicia social deja mucho que desear frente a otros que tal vez están impedidos para recibir los sacramentos. ¿Quién es "el mejor católico"? No nos toca juzgar, sino tratar de salvar a todos, ayudando a todos a crecer en todos los sentidos.

A la vez necesitamos el coraje para cargar la realidad humana de la Iglesia, que somos nosotros, cada uno de nosotros, que estamos muy lejos de ser los "católicos perfectos": santos. Santa es la realidad divina de la Iglesia: Cristo y el Espíritu Santo. Pero los miembros todos son "santos y pecadores", unos más, otros menos; todos "más católicos" según un criterio, y "menos" bajo otro aspecto.

Para terminar la reflexión me viene a la mente un proverbio latino (cuyo

autor no recuerdo): "Timeo hominem unius libri". La frase tuvo seguramente en su origen un sentido positivo: temor reverencial, respeto, por alguien que profundizó en una dirección sin pretender abarcar todo superficialmente. Pero para mí prevalece el sentido negativo: tengo miedo del hombre que solo sabe leer una cartilla. Tengo miedo de los pastores que saben tocar solamente un instrumento, que solo conocen un medio único de actuar, que se orientan por un esquema muy rígido de trabajo pastoral. La concentración en una sola idea puede hacerla más fuerte y eficiente. Pero el peligro de que una sola idea fuerte se haga prevalente o fija es tremendo. De una idea fuerte o fija a una actitud radicalizada hay pocos pasos. Tengo miedo de la ideologización del trabajo de la pastoral, cuando la vida humana es tan compleja y la Buena Nueva de una generosidad tan maravillosa.

El pastor debe saber sacar de su esquema mental "Nova et Vetera".